

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 30 id.—La subscripción se cobra adelantada.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia: París, Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31, Faubourg Montmartre.—Mr. George B. Fiske, 21-Park Row, New-York.—La correspondencia al Administrador.

### CUESTIONES DE HONOR

Decía yo en mi primer artículo que no quería entablar polémicas sobre materia de cuestiones de honor, por escribir que es esta materia harto escabrosa para ser traída llevada por quien como yo, no cuente con más armas que su sinceridad y su buena fe. Temía además que lo arido del tema y lo particularísimo del caso, pudiera producir cansancio, aburrimiento en los lectores, pero José de Cartagena opina lo contrario y por darle gusto aquí estoy otra vez dispuesto a seguir discutiendo todo lo que sea preciso sobre estas cosas.

Creo conveniente para discutir, separar la materia discutible en dos partes. Primera: Consideraciones sobre un incidente personal ocurrido en el año 1850 y digo el año 1850 (limitando a Saint-Aubin), porque no estoy autorizado por nadie para traer y llevar nombres respetables de personas que ocupan una alta posición política y social y además, porque apartando nombres y personas discutamos el caso, solamente el caso.

La segunda parte de la discusión será nuestra opinión sobre cuestiones de honor, manera de entenderlas y modo de juzgarlas de José de Cartagena y de un modestísimo servidor de ustedes. Siempre en la idea de que yo acudo a esta discusión, dispuesto a recoger enseñanzas y a reconocer mis errores, en seguida que se me demuestran.

#### PRIMERA PARTE

#### Incidente ocurrido en 1850.

Creyéndose ofendido un caballero por conceptos emitidos por otro públicamente y por escrito llamó a dos amigos, para que serena y desapasionadamente estudiaran si existía realmente ofensa en lo escrito ó era sólo un error, huyo de la susceptibilidad en materias de honor y dignidad. Los dos caballeros estudiaron y leyeron con buena fe todo lo escrito, pusieron en la labor á tribus sus conciencias y honradamente declararon que estimaban lo escrito ofensa y grave. Para juzgar lo escrito, no hicieron un análisis literario, porque la práctica de casos semejantes indicaba de interpretación en interpretación se llega á la necesidad de conocer la intención; la intención es

ta en la conciencia, y en la conciencia sólo Dios.

Sabían además estos señores que en las ofensas hechas por escrito cuando el que escribe es periodista y periodista hábil y ducho en esta tarea, de decir y no decir, se evitan los peligros de la frase y sin embargo insultan, ofenden, y mortifican á sus anchas.

Es como aquél (y va de ejemplo) que ponía en el balcón de su casa un letrero muy grande con letras rojas que decía: "D. Fulano es un pillo" pero teniendo cuidado, mucho cuidado de poner entre el FULANO y el ES un no chiquito y vergonzante escrito con lápiz, y el público que pasa, que no analiza, que casi no se fija, sólo comenta como está puesto un nombre en la piqueta.

A pesar de estas ideas aquellos caballeros de 1850 legaron documentos que pueden ser (cuando José de Cartagena lo estime oportuno) examinados detenidamente por personas entendidas, y si literalmente, gramaticalmente y sobre todo honradamente no existe ofensa, sus herederos harán pública confesión de sus errores.

Aquellos buenos señores que intervinieron en aquel lance, lucharon en la tramitación con un poderoso enemigo; no era éste el ofensor habilitado, ni fueron sus representantes, que el ofensor no llegó á nombrarlos, su enemigo fué su caballerosidad, porque temerosos siempre de que la opinión juzgase que hasta ellos llegaron odios políticos fueron ó quisieron ser un modelo de imparcialidad y corrección.

El ofensor dió terminantes explicaciones, pero según cuentan los comentaristas de esta verídica historia, después de dadas, como si la ola de la murmuración y de la insidia lleváse hasta él rúmor: es de irónica burla francesa, el ofensor trató de empañar con disquisiciones y sutilezas las explicaciones dadas, sin comprender que las explicaciones tienen su mejor título de nobleza en ser francas, en ser sinceras y conadas siempre sin rubor que sólo deben ocultarse á aquellas que dictó el miedo ó la vergüenza.

Dejemos ésto como cosa pasada, sin perjuicio de estudiarlo en otros aspectos cuando gusten los interesados, y vamos á discutir sobre nuestras opiniones en materia de honor.

Yo he dicho que amar embustero á una persona de elevada posición política y social era ofensa y una ofensa grave y José de Cartagena opina como yo y además que cuando este insulto se hace al pre, al jornalero, al de infima posición social califica la ofensa del mismo modo y yo también respecto á la calificación y llego á más en esto que José de Cartagena y á más que los Códigos del honor, yo encuentro perfectamente capacitado para batirse á todo hombre honrado siempre que sea capaz de concertar un encuentro con testigos que no tenga cabida la alevosía ó traición. Yo me creería obligado á brme estimando como buenas sus que fuesen las que fuesen si ofendiese á un hombre de posición distinta de mía y digo con sus armas juzgando e si yo llegué hasta él para ofenderes justo que en su propio terreno de comparación á su agravio, porque igiándome en la ofensa debo igualar en la satisfacción.

Ahora bien si estimque las ofensas son iguales para el alto para el bajo, las reparaciones no pueden ser las mismas porque comestas reparaciones deben ser proporcionales al daño que la ofensa causa y como este daño es mayor á medida que la ofensa se exterioriza más, la reparación debe ser mayor en un caso que en otro. Esta consideración respecta ofendido es más clara en el ofensor porque el pobre que insulta puede ser incultura, desconocimiento del vir de las palabras pero el rico, el docto, debe tener por norma y obligación constante de su vida la discreción y mesura. Es decir, que José de Cartagena ha confundido dos cosas distintas: la reparación y la ofensa.

Dice José de Cartagena que yo argumento para deshecho como sistema la agresión personalendiéndole el inconveniente del presio y del ridículo y como el duelo tie los mismos inconvenientes del ridículo y del presidio, él prefiere la agresión personal y yo primero, niego lo delresidio en el duelo en España (siempre que la impericia de los que lo coiertan no lo convierta en asesinato) y gundo, me sonrío (y perdona José de Cartagena le franquesa) de eso del dículo que he oido decir muchas vez á los profanos que tienen del duella idea que dan los folletines, los dramas malos y las películas del cine. Es cosa sabida que los duelos, en que no hay por lo menos un muerto, hacen morir á los

hombres fuertes, que juzgan niñerías estas cosas. Estimo una equivocación lamentable juzgar de la seriedad de los duelos por la magnitud de sus resultados sangrientos: por ejemplo: dos grandes de España hace algunos años se batieron á pistola y dispararon 25 tiros á 20 pasos con pistola rayada; uno de ellos sacó la levita atravesada por dos balazos, el otro atravesado el cuello de la americana. ¿Cree usted que estos señoritos se batieron de broma? ¿cree usted que fué ridículo el encuentro? yo creo que para esto hace falta un poco más de valor que para dar un bofetón en la calle ó un facaso madrugador á la vuelta de la esquina.

Créame usted á mí, José de Cartagena, para no batirse hoy por hoy no es admisible mas que una razón, una sola, las creencias religiosas verdad, comprobadas por una vida siempre en armonía con estas ideas.

¿Quiere decir esto que debemos vivir dispuestos siempre á batirnos? No, sólo cuando sea justo; ¿y cuándo es justo? me pregunta lleno de extrañeza José de Cartagena; en mi opinión, es justo siempre cuando nuestros actos ó nuestros juicios ofenden y no queremos ó no podemos dignamente retirar nuestras ofensas—Ecco il problema que no es muy difícil de resolver.

FERROBEL

### Palabras de adiós

Disputando á las sombras del olvido la luz de la pasión que te quiero, de tí; ya que del triunfo desespero, ahogando mis anhelos me despidió.

Pues el tiempo y el mundo me hab vendido, inserta mi amor, en canto lastimero. ¡Fervientes ansias de mi amor primero que breves, ¡ay! que breves habéis sido!

Y pasaron los años. Y la historia de amor tan infelice jamás visueña, dirá mi amor, diciendo su memoria.

Así, al congreso de asombrada gestic, el veterano, con orgullo enseña la honrosa cicatriz sobre su frente.

Carlos Fernández Shaw.

### Si, para solaz nuestro

Es graciosísimo lo que les sucede á estos faranduleros terráqueos.

Preguntar ellos á 4 de Enero si se puede vivir, teniendo el hígado en el cogote y... también.

Por San Pascual Bailón dejar esa pregunta, para más entrado el año.

¡Pobres inocentes! Nosotros no nos dedicamos á caza ni caza.

¿Dónde habrán leído, que alguien piense en asaltos de Redacción, en manifestaciones faroleras y en todas esas cosas que les preocupa tanto?

Sin duda estos alocados pollos se confunden, con las predicaciones que hacen desde "La Tierra". Son las convulsiones de la agonía.

Aquí, somos más tranquilos, y para manifestarnos y todo lo demás, nos basta y sobra con ir de uno en uno. Sin nombres, porque ya hemos visto que eso no es del agrado de D. Pepito.

De modo jóvenes que no amontonarse y tila, mucha tila.

Los dedos se os antojan huéspedes. Podéis vivir.

### Sobre la subscripción para la Casa de Misericordia

Lo exiguo de la cantidad consignada en los nuevos presupuestos municipales para atenciones de la Casa de Misericordia—habido en cuenta el número actual de sus asilados—y el fundadísimo temor de que, como consecuencia de ello, fuese preciso despedir á la mitad de los mismos, nos impulsó á abrir una suscripción pública con el objeto de evitar ó reducir al menos hasta donde hubiese sido humanamente posible los efectos de tan lamentable resolución.

Informes autorizadísimos nos dan la seguridad de que ocurra lo que ocurra, no se despedirá á ninguno de los acogidos en esa Santa Casa; así como que por ahora parece conjurado el peligro económico que se planteó con la nueva consignación, pues para el corriente año, además de la cifra del presupuesto, cree contar el Director de la Casa de Misericordia, con la promesa que solemnemente se le ha hecho—por quien hoy puede hacerlo—de abonarle también los débitos por atrasos, importantes estos la cantidad justa y precisa para evitar el déficit que, contando sólo con lo consignado forzosamente resultaría. Y como no nos guió al abrir la cuestión más propósito que el odioleado, de evitar ó aminerar el despido, y suponemos que dichos autorizadísimos informes, son suficientes para desvanecer la legítima intranquilidad de aquellos á quienes pudierá ese despido perjudicar, damos por terminada nuestra gestión, reservando esas energías y buenas propósitos para cuando real y desgraciadamente sean necesarios.

En su consecuencia hemos procedido á devolver las cantidades recau-

dadas hasta ahora, enviando desde estas columnas público testimonio de nuestra profunda gratitud á cuantas personas y entidades se apresuraron á honrarnos con sus valiosos ofrecimientos, así como á la parte de prensa local que habiéndonse eco de nuestra iniciativa la apiudó dispuestos á secundarla.

Gracias, pues, á todos y nuestra más complida enhorabuena á la Junta Directiva y Hermana superiora de la Casa de Misericordia y sobre todo á los pobres asilados.

### TROVAS

Auxiliado de un espejo leí tu nombre al revés y ya sabemos quien es dab—A—se—Jo

Tu estómago agradecido quiso dar el dó de pecho y te resató... berrido ¡que hay derecho!

¡Qué que la cita te agrada juzgándote ya impertinente y aunque no te valga nada ¡siempre avante!

De tus diálogos amenos ya di con la explicación... ¡pero qué bonitos son los trajes de los serenos!

Jabonillo.

Lleno de Sante coraje el viaje no se explica, ¡pí... ca... pícara viaje pica, pica.

P. e. d.

### DESDE MADRID

#### La fiesta de los niños.

No sé si el lector ama á los niños. Yo los amo con una ternura en la que hay mucho de curiosidad. Para mí tiene más interés un diálogo entre rapaces que hablan con deliciosa media lengua, que todos las causerie amoratorias cuya idea fundamental y cuyos términos formados vienen á ser siempre los mismos. Las discusiones acerca de las jerarquías humanas y divinas, sus ideas geográficas y políticas maravillosas, su egoísmo descarado, su amoralismo ingenuo, me parecen el único campo de observación de la naturaleza humana, libre de prejuicios y de justas posiciones. La vivacidad y precocidad de las

digno de todos los ultrajes, pero que en aquella ocasión, en la cual la verdad era un deber para todos, se consideraba como obligado á dar ejemplo de franqueza y de claridad, ofreciéndose él mismo á todas las pruebas que pudieran ilustrar la conciencia de los jueces. Hubo murmullos de alegría y de ternura en el público.

El trapense fué introducido en el salón del tribunal y careado con los testigos, todos los cuales declararon que el fraile que habían visto llevaba el mismo hábito y tenía un aire de familia, una especie de semejanza lejana con aquél; pero no era el mismo, y que no les quedaba duda alguna sobre este particular.

El éxito de este incidente fué un nuevo triunfo para el religioso. No hubo una persona que no dijese que los testigos habían mostrado tanto candor que era difícil creer que no hubiesen visto realmente á otro trapense. En este instante recordé que en la primera entrevista del abate con Juan de Mauprat en la fuente de los Helechos, éste último le había dicho algunas palabras acerca de un su hermano en religión que viajaba con él y que había pasado la noche en la quinta de Oulets.

Creí deber comunicar esta circunstancia á mi abogado, quien fué á conferenciar en voz baja con el abate, el cual estaba en el banco de los testi-

ficaciones de los testigos de cargo y descargo. A decir verdad, no hubo más que Marcasse entre estos últimos que pusiera considerarse como tal. Todos los restantes afirmaban solamente que un fraile, que tenía todo el aire de los Mauprat, había vagado por la Varenne en la época fatal, y que hasta había parecido ocultarse en la tarfe que siguió á la desgracia.

Luego no se le ha vuelto á ver. Estas disposiciones, que yo no había provocado, causáronme mucho asombro, porque vi figurar entre estos testigos á los hombres más honrados del país; pero sólo tuvieron algún peso á los ojos del Sr. E.\*\*\*, consejero que se interesaba realmente en esclarecer la verdad, y el cual preguntó por qué no se había hecho comparecer á Juan de Mauprat para ser careado con estos testigos.

La objeción fué acogida con un murmullo de indignación.

Los que no consideran á Juan de Mauprat como un santo eran pocos; pero se mostraban fríos respecto de él y sólo habían concurrido para asistir á un espectáculo. El entusiasmo de los santurrones llegó á su colmo cuando el trapense, saliendo de pronto de entre la multitud y bajando su capucha de un modo teatral, se acercó resueltamente á la barra, diciendo que era un misericordioso pecador,

Llegado el día de los abates me presenté muy tranquilo.

El aspecto de la multitud me entristeció hondamente, pues no tenía en ella ningún apoyo, ninguna simpatía.

Parecíame que mi situación bastaba para encontrar cuando menos esa apariencia de respeto que la desgracia y el estado de abandono recla-